

Modernidad y Holocausto

Zygmunt Bauman:

Madrid, Sequitur, 1997. 304 pp.

El Holocausto, hoy que han transcurrido más de cincuenta años desde que fuera llevado a cabo con sistemática precisión, sigue siendo objeto de reflexión. Son muchos los testimonios que conocemos de la vida en los campos (como las conmovedoras narraciones de Primo Levi o el ajustado análisis que llevara a cabo otro de los supervivientes, recientemente fallecido, Viktor Frankl) y muchos los intentos de explicar las causas que estuvieron en el origen de ese monstruoso proyecto de exterminio de millones de seres humanos por el mero hecho de pertenecer a una determinada raza. Pero el libro de Bauman afronta el problema desde una perspectiva diferente a lo habitual: él (que pudo escapar a ese destino, pero que lo ha conocido en alguna medida de primera mano a través de la experiencia de su compañera, que también ha escrito el relato de sus vivencias) no quiere tanto llevar a cabo una indagación sobre las razones históricas del Holocausto sino «comprenderlo», insertarlo en la historia de Occidente, que ese mismo fenómeno ha tornado «incomprensible». Para Bauman el Holocausto no sólo es un acontecimiento de la «historia judía» (algo que le aconteció a los judíos europeos) o una patología de la sociedad alemana, sino que es un resultado de la sociedad moderna y racional en una fase avanzada de su desarrollo. Visto así, el holocausto es un fenómeno típicamente «moderno» que sólo pudo tener lugar en esa sociedad «moderna» y con la utilización de medios típicamente «modernos» de actuación. Sin embargo, hasta ahora la Sociología apenas ha aportado nada a la comprensión del Holocausto. Adorno se preguntaba cómo era posible la poesía después de Auschwitz, Bauman lo que pretende es poner de relieve que para que la Sociología tenga un sentido en el momento presente no puede renunciar a intentar «comprender»

ese resultado de la evolución de nuestra civilización, de nuestra cultura, de nuestra sociedad, que es el Holocausto. Desde ese punto de vista lo preocupante, como resalta Bauman, no es que nosotros hubiéramos podido ser «víctimas» del Holocausto, sino que nosotros también podríamos haberlo llevado a cabo, pues al fin y al cabo no fue más que un resultado de la cultura burocrática y de la tendencia de la racionalidad instrumental a separar medios y fines. A diferencia del estudio de Daniel Goldhagen (D. Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Taurus, Madrid, 1997), Bauman no piensa que pueda existir una continuidad entre el antisemitismo existente en Alemania y lo que aconteció en la realidad, un antisemitismo conducente al exterminio, que sólo puede entenderse como un «fenómeno exclusivamente moderno». Para que esas tendencias latentes en la sociedad alemana (y que, para él, no eran tan fuertes como se ha pretendido luego señalar) dieran lugar a toda la maquinaria que puso en marcha el Holocausto era necesario algo tan típicamente moderno como la ambición de diseño social, en combinación con la concentración, también típicamente moderna, de poder, recursos y capacidad material. Por eso el Holocausto es radicalmente diferente de las otras formas de genocidio hasta ahora existentes y ponerlo en relación con ellas no hace más que minimizar la significación última de ese fenómeno: el genocidio moderno es un genocidio con un objetivo, es el medio para conseguir el fin de alcanzar una grandiosa visión de una sociedad «mejor» y radicalmente «diferente». Es un resultado de la ingeniería social, que la burocracia hizo a su imagen y semejanza. Lo que demuestra el Holocausto es que la civilización, en determinadas situaciones, es incapaz de garantizar una utilización moral de los terroríficos poderes a que había dado vida. De esta manera el Holocausto se nos aparece como aquello que puso al descubierto «un rostro oculto de la sociedad moderna», como el producto de un encuentro entre las tensiones que la modernidad pasó por alto, despreció o no supo resolver y los poderosos instrumentos de actuación racional y efectiva. En este sentido, el Holocausto es «una prueba rara, aunque significativa y fiable, de las posibilidades ocultas de la sociedad moderna». La civilización moderna, sin embargo, no fue causa suficiente para el Holocausto, pero, añade Bauman, casi con seguridad fue «condición necesaria» y sin ella sería impensable, ya que fue el mundo racional de la civilización moderna el que hizo que pudiera concebirse.

Pero probablemente en el brillante estudio de Bauman no hay un capítulo más terrible que en el que afronta la actitud ante el Holocausto de las víctimas y de aquellos que, aunque no participaron

activamente, se vieron implicados en el proceso de «selección» de los que debían ser conducidos al exterminio. Una vez señalado el objetivo a alcanzar, una Alemania primero y luego una Europa libre de judíos, era precisa una clara «definición» del judío y aquellos que no entraban en esa categoría podían en alguna forma verse reforzados y, con su distanciamiento, contribuir al largo proceso de «deshumanización» de las víctimas. Los judíos, continúa Bauman, en alguna medida formaban parte del orden que los iba a destruir y se acostumbraron a la actuación de sus opresores. A lo largo de todo el proceso de exterminio, las víctimas podían tener la opción de actuar «racionalmente» para intentar retrasar el resultado, que no podía ser sino la eliminación física. La cooperación de las víctimas facilitó la obtención con menos recursos del objetivo buscado: el exterminio y eso sólo puede ser así, dice Bauman, porque «la racionalidad de los dominados es siempre el arma de los dominadores». El proceso de destrucción de las víctimas estaba claramente dirigido a crear distancia entre ellos y los que llevaban a cabo la eliminación física, de tal forma que las víctimas (aquellos que primero eran «definidos» como judíos, luego expulsados de su puesto de trabajo y trasladados a los campos de concentración, para ser explotados en la realización de trabajos inútiles hasta llegar al aniquilamiento y la confiscación de efectos personales) habían sido sometidos a un proceso absoluto de «deshumanización».

Hoy el dominio nazi ha terminado, pero, concluye Bauman, su venenoso legado dista de haber desaparecido y prueba de ello es nuestra incapacidad para descubrir el verdadero significado del Holocausto, minimizando su papel y lo que representa como resultado de la evolución de la sociedad moderna. Siempre que la racionalidad y la ética apuntan en direcciones opuestas la humanidad es derrotada. El «camino que llevaba a Auschwitz» deshumanizaba a las víctimas y los que contemplaron pasivamente esa situación, refugiándose en la lógica de la propia conservación, no hicieron más que facilitar ese proceso. Pero el libro, que tan bien muestra ese rostro oculto de la modernidad que representa el Holocausto, no concluye en la más absoluta desolación, pues en las últimas páginas se destaca cómo algunos resistieron y eligieron el deber moral por encima de la racionalidad de la propia conservación. No importa cuántos lo hicieron, lo que importa es que esa resistencia es posible y que aún en las más difíciles condiciones puede existir un resto de Humanidad. Hay libros cuya lectura deja indiferente y libros que por su fuerza nos obligan a cambiar nuestra forma de ver el mundo. Después de la lectura del libro de Bauman, el mundo sin duda no nos parece más hermoso, pero tal vez podamos comprenderlo mejor, con su miseria, pero también con su anhelo de conocimiento y humanidad.

Francisco Serra